

La Comédiathèque



El infierno son los vecinos

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr

El infierno son los vecinos

Jean-Pierre Martinez

Rafael acaba de heredar de una anciana tía, cuya existencia desconocía, un magnífico piso en los elegantes barrios de Madrid. Acaba de recorrer la propiedad con su compañera Clara, y ya están haciendo planes para su futura mudanza. Pero los secretos de familia son como los cadáveres, siempre terminan saliendo a la superficie...

Personajes

Rafael, director literario
Clara, profesora de inglés
Señora Da Silva, portera
Señora Aranjuez, síndica
Doctor Pascual, médico
Señor Garibaldi, abogado
Sam, prostituta o travesti
Coronel Miranda, oficial de caballería
Padre Dos Santos, cura renegado
Eugenia de Casteladrón, baronesa
Señora Bordialina, psicoanalista
Angela, artista pintora
Señor Pujol, asegurador
Señora Pujol, su esposa

Distribución indicativa – 5H/9M

Muchos de los roles pueden ser masculinos o femeninos.

Por lo tanto, la distribución por género es muy flexible:

3H/11M, 4H/10M, 5H/9M, 6H/8M, 7H/7M, 8H/6M, 9H/5M...

Una sala de estar con una imponente ventana que da a un gran balcón desde donde se ve el Parque del Retiro. Al otro lado, un pasillo que conduce a la entrada. Los muebles y la decoración son antiguos y kitsch. En la pared principal, un imponente cuadro que representa a Franco cuando era joven.

Rafael (*fuera de escena*) – Espera un momento, desactivo la alarma. Si no lo hago en treinta segundos, despertaremos a todo el edificio y nos llevarán los polis como ladrones... Joder, ¿cuál es el código, otra vez... Ah sí, 36-39...

Clara llega. Desde el umbral, echa un vistazo a la habitación y emite una exclamación entre admiración y asombro.

Clara – ¡Wow!

Avanza hacia la habitación y Rafael llega después.

Rafael – Te lo advertí, hay un poco de renovación que hacer...

Clara – Hablas como un agente inmobiliario. Te recuerdo que eres el propietario.

Rafael – Todavía me cuesta un poco creerlo... Pero espera a ver esto...

La acompaña hasta el frente del escenario para contemplar la vista a través del ventanal. Esta vez, la exclamación de Clara es claramente maravillada.

Clara – ¡Wow!

Rafael – Verás. Desde la terraza, inclinándose un poco, incluso se puede ver El Prado.

Clara – Ah sí, esto va a cambiar para nosotros... Desde nuestra casa, sin tener que inclinarnos, vemos el cementerio de Vallecas.

Rafael se acerca y la abraza.

Rafael – ¿Entonces? ¿Consientes en pasar tu primera noche conmigo en nuestra nueva morada?

Clara – Es cierto que todo esto es muy emocionante... Pero voy a esperar a ver la cama de tu bisabuela antes de darte una respuesta definitiva.

Rafael – No es mi bisabuela, es mi tía abuela, Adela.

Clara – ¿Adela?

Rafael – Era la hermana mayor de mi abuela.

Clara – ¿La madre de tu padre?

Rafael – De mi madre. Bueno, según dicen...

Clara da vueltas por la habitación.

Clara – ¿Y nunca la conociste?

Rafael – Ni siquiera sabía que mi abuela tenía una hermana.

Clara – Es increíble...

Rafael – ¿Qué?

Clara – Que tus padres nunca te hayan hablado de esta tía...

Rafael – Sí...

Clara – Y hoy, heredas su piso.

Rafael – Aparentemente, no tenía hijos. Y como mis padres también murieron. El notario dijo que yo era su único heredero...

Clara – Es triste de todos modos... ¿Te das cuenta? Durante todos estos años, ella vivía aquí. A dos estaciones de metro de la editorial para la que trabajas. Y te enteras de su existencia por una esquela...

Rafael – ¿Una esquela? Ni siquiera eso... Cuando recibí la carta del notario, el entierro ya había tenido lugar.

Clara toma una foto en un marco, que está sobre una mesa auxiliar.

Clara – ¿Es ella?

Rafael – Sí, supongo...

Clara – Era hermosa... cuando era joven.

Rafael – Sí.

Clara – ¿Eso es todo lo que sientes?

Rafael – ¿Qué?

Clara – No sé... Ya no está, y nunca la conocerás... Solo te queda una foto...

Rafael – Y el piso.

Clara – ¿No te importa saber que la tía Adela está muerta?

Rafael – Ah sí. Sí, me afecta, te lo aseguro.

Clara – ¿Qué?

Rafael – Sinceramente, siento como si hubiera ganado la lotería.

Clara vuelve a colocar la foto.

Clara – Claro... No vamos a lamentar nuestro piso de dos habitaciones en Vallecas.

Rafael – Pero te das cuenta, ¿verdad? Se acabaron los trenes de cercanías. ¡Podré ir a trabajar a pie!

Clara – Y yo en bicicleta. Solo tengo que cruzar El Retiro para llegar al instituto.

Rafael – Sin alquiler que pagar. En pleno centro de Madrid. Un piso con terraza, en el último piso con ascensor, en un hermoso edificio de estilo neoclásico.

Clara – Ahí vas de nuevo, hablando como un agente inmobiliario.

Rafael – ¡Incluso hay un estacionamiento!

Clara – No tenemos coche...

Rafael – ¡Te ríes! ¿Sabes cuánto se alquila un estacionamiento en un barrio como este?

Clara – No. ¿Cuánto?

Rafael – No lo sé exactamente, pero... al menos la mitad de mi salario actual, seguramente.

Clara – Solo alquila el estacionamiento y haz medio tiempo. Podrás empezar a escribir tu primera novela. No vas a publicar libros de otras personas toda tu vida.

Rafael – Primero tendría que encontrar un tema...

Clara – Oye, podrías escribir la historia de esta misteriosa abuela.

Rafael – Es mi tía abuela.

Clara – Una mujer que casi tenía cien años. Seguro que hay material para escribir una novela.

Clara echa otro vistazo a la habitación.

Rafael – Es cierto que la atmósfera está cargada...

Clara – Sí... Diría que incluso opresiva. Parece que el espíritu de Adela aún merodea por este piso.

Rafael – Tal vez deberíamos hacerlo exorcizar antes de mudarnos.

Clara – ¿Crees?

Rafael – Empezaremos deshaciéndonos de todas estas antigüedades, y repintaremos.

Clara – Hay que admitir que es bastante oscuro.

Rafael se acerca de nuevo al ventanal.

Rafael – Sí... ¡Pero mira esta vista! Estos miles de techos que se extienden ante nosotros.

Clara – Y detrás de cada una de esas ventanas, hombres y mujeres, cada uno con su historia. Cada uno con su destino.

Rafael – Es cierto que es muy romántico.

Clara – Madrid...

Rafael – La ciudad más hermosa del mundo...

Clara – Y la más romántica.

Rafael – Miles de pisos como este. Millones de personas. Billones de historias escribiéndose.

Clara – Sí... ¿Te imaginas? En este mismo momento, algunos están haciendo una propuesta de matrimonio.

Rafael – Otros están en plena escena de ruptura.

Clara – Bebés están naciendo en todas partes.

Rafael – Y viejos están palmando, como la tía Adela.

Clara – Algunos están lavando los platos.

Rafael – Y otros están haciendo el amor...

Comienzan a abrazarse. Son interrumpidos por el timbre de la puerta.

Clara – ¿Quién podría ser?

Rafael – No lo sé... No conozco a nadie en este edificio...

Clara – ¿El espíritu de la tía Adela?

Rafael – Voy...

Clara – ¿Quieres que vaya contigo?

Rafael – Está bien. Pero si no he vuelto en cinco minutos, llama a un exorcista, ¿vale?

Rafael sale. Clara examina el cuadro, intrigada.

Rafael (fuera de escena) – Ah sí... No, no en absoluto... Pero por supuesto, pase...

Rafael vuelve, seguido por Señora Aranjuez.

Aranjuez – No quisiera molestar. Es la Señora Da Silva, la portera, quien me dijo que le vio subir con su esposa. (*Viendo a Clara*) En fin, no sé si es su esposa... Buen día, Señorita.

Clara – Buenos días, Señora.

Rafael – Clara, te presento la Señora Aranjuez, una vecina, que también es la síndica del edificio.

Aranjuez (con un ton solemne) – Estimado Señor, en nombre de todos los copropietarios de este edificio, a quienes tengo el honor de representar, le ruego acepte nuestras más sinceras condolencias.

Rafael – Gracias, pero usted sabe...

Aranjuez – Su tía era una persona excepcional. Una mujer de carácter, hay que decirlo. Pero absolutamente encantadora. Los residentes del edificio estaban muy apegados a Adela.

Rafael – Me alegra mucho saberlo, de verdad.

Aranjuez – Para todos nosotros, Adela era mucho más que una vecina, ¿sabe? Nos prestábamos pequeños servicios. Hacíamos sus compras de vez en cuando. Nos ocupábamos de sus trámites administrativos cuando era necesario...

Clara – ¿En serio?

Aranjuez – En fin, hacíamos todo lo posible para que no se sintiera sola. Recibía muy pocas visitas, como sabrá. La rodeábamos todos los días con nuestro cariño. Y ella nos correspondía, créame.

Rafael – Sí, es... Es bueno...

Aranjuez – Para Adela, sus vecinos eran un poco como una familia. De hecho, no sabía que tenía otra... Al menos, nunca me lo había mencionado.

Rafael – No me sorprende... En realidad, conocía muy poco a mi tía Adela...

Aranjuez – Ah sí... De hecho, no recuerdo haberlo visto en el funeral...

Rafael – Para decirle la verdad...

Clara, molesta por este interrogatorio, interviene.

Clara – Pero imagino que no ha venido solo a charlar, y no queríamos retenerla demasiado. Tal vez tenga... algo que preguntarnos. Entre vecinos. Un sacacorchos, sal, fósforos...?

Rafael – ¿Un rompecáscaras...?

Aranjuez – Ah, para el sacacorchos, no está lejos... Bueno, es un poco incómodo... Dadas las circunstancias...

Clara – Diga siempre.

Aranjuez (*aclarándose la garganta*) – Disculpe, tengo una molestia en la garganta.

Rafael – ¿Quiere tomar algo?

Clara lanza a Rafael una mirada reprobatoria.

Clara – No sé si tenemos algo que ofrecerle.

Aranjuez – Solo un vaso de agua, estará bien, gracias.

Clara – Ni siquiera sé dónde está la nevera...

Aranjuez – No se moleste, agua del grifo está bien. Es de muy buena calidad en el vecindario, ya verá. Entonces, ¿para qué molestarse con cargar paquetes de agua mineral? Especialmente cuando se vive en el último piso, como ustedes. Incluso con el ascensor. (*Rafael y Clara esperan a que vaya al grano.*) El grifo está en la cocina. La segunda puerta a la izquierda en el pasillo. Encontrarán vasos en el armario justo encima.

Clara sale, un poco desconcertada.

Aranjuez – Bueno, hoy es el Día del Vecino, y desde que existe esta fiesta, su tía siempre insistía en que se organizara en su casa.

Rafael – Vaya...

Aranjuez – Una tradición, por así decirlo. Quizás por la gran terraza y la vista al Retiro, sin duda.

Rafael – Sin duda...

Aranjuez – Hay que decir que este piso es el más hermoso del edificio. Y como Adela estaba sola, le hacía un poco de compañía.

Rafael – Lamentablemente, ha fallecido, ¿verdad?

Aranjuez – Por supuesto... Pero seguramente habría estado muy feliz de vernos a todos aquí esta noche, reunidos por última vez...

Rafael – Quiero decir que... No teníamos planes...

Aranjuez – No se preocupen por eso, nos encargaremos de todo. Como siempre. Quiero decir, como solíamos hacerlo con su tía Adela.

Clara vuelve con un vaso de agua que le ofrece a Señora Aranjuez.

Aranjuez – Muchas gracias.

Clara – De nada...

Aranjuez coloca el vaso sin beber.

Aranjuez – Como le decía a su esposo...

Clara – Todavía no estamos casados, si eso es lo que quería saber.

Rafael interviene para aliviar la tensión.

Rafael – La Señora Aranjuez ha venido a invitarnos al Día del Vecino.

Clara – ¿Ah sí? Es... Muy amable de su parte. (*Asombrada*) ¿Pero cuándo?

Aranjuez – Bueno... ¡Pero hoy mismo!

Rafael – En fin... la idea es que sea en nuestra casa...

Clara – ¿En nuestra casa? ¿Cómo que en nuestra casa? ¿Quieres decir aquí?

Aranjuez – Digamos que... Será una especie de... despedida.

Rafael – Nosotros acabamos de llegar.

Aranjuez – Quiero decir, una despedida... para Adela. Como no pudieron asistir al funeral...

Rafael – Claro...

Aranjuez – Bueno, ya que están de acuerdo, está decidido. No sé cómo agradecerles, de verdad.

Rafael y Clara, sorprendidos, intercambian una mirada incómoda.

Rafael – Pero... de nada, por favor.

Aranjuez – Y entonces, ustedes... ¿Tienen planes de mudarse a este piso?

Rafael – Eh... Sí... Bueno...

Aranjuez – Bueno, así podrán conocer a todos sus nuevos vecinos... Matarán dos pájaros de un tiro.

Rafael – Sí, por qué no...

Aranjuez – Bueno, me voy. Todavía tengo algunos preparativos que terminar... Para esta pequeña recepción, quiero decir... ¿Nos vemos más tarde?

Rafael – Eso es...

Rafael se prepara para seguirla.

Rafael – La acompaño.

Aranjuez – No se molesten, conozco el camino.

Rafael – Está bien...

Aranjuez se va. Rafael y Clara se miran, perplejos.

Rafael – Tengo la sensación de que nos ha forzado un poco la mano, ¿no?

Clara – ¿Tú crees? Hay que decir que no te defendiste mucho...

Rafael – ¡Me dejaste solo con ella!

Clara – ¡Fuiste tú quien me envió a buscarle un vaso de agua a la cocina! Un vaso que ni siquiera bebió, por cierto...

Rafael – Ni siquiera vivimos en el edificio todavía, no vamos a pelearnos con todos los vecinos desde el primer día...

Clara – A eso de dejarse invadir desde el primer día.

Rafael – Tienes razón... Nos ha enredado con su Fiesta de los Vecinos.

Clara – Sí... Además, la Fiesta de los Vecinos, no es en esta época del año...

Rafael – ¿En serio?

Clara – ¡Pensé que lo sabías!

Rafael – ¿Cómo quieres que lo sepa?

Clara – Todo el mundo sabe que la Fiesta de los Vecinos no es a finales de diciembre. ¡A finales de diciembre es Navidad! Eso sí lo sabes, ¿verdad?

Rafael – Es increíble... ¿Por qué hacen la Fiesta de los Vecinos en diciembre?

Clara – Otra tradición, supongo... Como la de celebrarlo en nuestra casa... Empezamos bien...

Rafael – Bueno... Veamos el lado positivo... Nos permitirá conocer a todos nuestros vecinos de una vez.

Clara – No había urgencia, tampoco. Acabamos de llegar.

Rafael – ¿Qué quieres que haga? Ahora somos copropietarios. Eso también implica ciertas obligaciones...

Clara – Tú eres copropietario.

Rafael – De todos modos, tendremos que lidiar con ellos en el futuro para la gestión del edificio. Y la Señora Aranjuez es la síndica. No podía despedirla así como así.

Clara – La Señora Aranjuez...

Rafael – Nos evitará tener que hacer una fiesta de inauguración. Dijo que se encargaban de todo.

Clara – Es cierto que parecen tener una tendencia molesta a ocuparse de todo, incluso de lo que no les concierne. No sé por qué, pero tengo un mal presentimiento sobre esta copropiedad.

Rafael – Ya veremos... Si no son simpáticos, no los invitaremos de nuevo.

Clara – ¡Ellos fueron los que se invitaron!

Rafael (*abrazándola*) – Bueno... No vamos a pelear por tan poco.

Clara – Tienes razón... Lo importante es que finalmente estamos en casa.

Rafael – ¿Si seguimos nuestro recorrido por la propiedad?

Clara (*volviéndose hacia el cuadro*) – ¿Quién es ese? ¿Tu tío abuelo? ¿El esposo de Adela?

Rafael – Ni idea...

Ambos miran el cuadro.

Clara – Tiene cierto parecido a Franco ¿verdad? Con el bigote ese...

Rafael – Todos los militares se parecen... Y el bigote estaba de moda en esa época. Pero parece un poco joven, ¿no?

Clara – Incluso Franco fue joven...

Rafael – Es verdad... Es difícil imaginar que todos los dictadores no nacieron con bigote. Que Franco fue un joven sin barba, Stalin un adolescente con granos y Hitler un bebé regordete.

Clara – De todos modos, no parece ser una obra maestra... a diferencia de lo que podríamos pensar al ver el marco.

Rafael – Lástima... Me hubiera ayudado a pagar los impuestos de sucesión.

Clara – ¿Los impuestos de sucesión?

Rafael – Este piso no va a ser gratis de todos modos. Con este grado de parentesco lejano, la tasa impositiva es bastante alta. Y como Adela no dejó nada en el banco además de esta propiedad...

Clara – Y estos impuestos, ¿cuánto sumarán?

Rafael – El notario aún no me ha dado las cifras exactas. En el peor de los casos, pediré un crédito. Es mucho mejor que pagar un alquiler.

Clara – No sé por qué, pero empiezo a preguntarme si todo esto será realmente tan sencillo como pensábamos...

Rafael – ¿Te muestro la terraza?

Clara (*con una insinuación*) – ¿Y si primero me muestras la habitación?

Rafael – OK...

Le toma la mano y se prepara para llevarla al pasillo. Son interrumpidos por el timbre que suena de nuevo.

Clara – ¿Otra vez?

Rafael – Podemos dejar que suene. No estamos obligados a abrir.

Clara – ¡Acabas de invitar a todo el edificio a la Fiesta de los Vecinos! No podemos dejarlos afuera...

Rafael – ¿Crees que ya son ellos?

Clara – ¿A quién más podría ser en tu opinión? ¿Papá Noel?

Rafael – Voy...

Clara – Deja... Esta vez, yo me encargo.

Rafael (*un poco preocupado*) – Trata de ser amable, al menos.

Clara – Seré la anfitriona perfecta, te lo prometo.

Rafael – OK.

Clara sale. Rafael se queda allí y suspira. Examina a su vez el cuadro, intrigado. El teléfono fijo, un modelo de otra época, suena. Rafael vacila, luego responde.

Rafael – ¿Hola?... Sí, es aquí... No, soy su sobrino... ¿La Fiesta de los Vecinos? Eh, sí, es aquí... Bueno... De acuerdo, entonces nos vemos enseguida...

Cuelga. Clara regresa seguida por la Señora Aranjuez, que lleva un recipiente de sangría, y la Doctora Pascual, que lleva una tarta.

Aranjuez – ¡Y aquí está la sangría!

Pascual – ¡Hola, hola! ¡Yo hice una tarta de cebolla!

Aranjuez – Ah, el año pasado fue una tarta de puerros, ¿no?

Pascual – Pensé que cambiaría. Y para ser honesta, no tenía puerros a mano. ¡Espero que les gusten las cebollas!

Aranjuez – ¡Pero vamos, Doctora! ¡A todo el mundo le gustan las cebollas! Y además, es muy bueno para la salud, las cebollas. Yo las pongo en todas partes.

Pascual – Espero que no las haya puesto en la sangría.

Se ríen tontamente, ante las miradas consternadas de Rafael y Clara.

Aranjuez – ¡Pero por supuesto, faltó a todos mis deberes! Les presento a la Doctora Pascual, que tiene su consultorio justo abajo. Admitan que es conveniente tener a un médico en el edificio. También tenemos un dentista, pero de momento está fallecido. Quiero decir, se jubiló el mes pasado, y su reemplazo aún no ha llegado.

Pascual – Señora, señor... Encantada.

Rafael – Doctora...

Pascual – Por favor, llámeme Concha. Pero... No estoy segura de haber recordado sus nombres...

Clara – Clara.

Rafael – Y yo soy Rafael.

Pascual – Si no te importa, querida, podrías limpiar esta mesa. Vamos a poner el buffet aquí.

Clara, mecánicamente, retira el jarrón chino que está en la mesa.

Aranjuez – Y tú, Rafael, si no te molesta, debe haber un mantel en el pequeño mueble allí. Será más adecuado...

Rafael abre el mueble, pero parece no encontrarlo.

Pascual – En la parte inferior.

Rafael saca el mantel y lo extiende sobre la mesa. Aranjuez coloca la sangría en la mesa y Pascual coloca la tarta.

Aranjuez – Listo. Los invitados vendrán a servirse en la sala. De todos modos, no sé qué están haciendo... Pero si quieren disfrutar de la terraza mientras tanto.

Rafael – Muy bien...

Pascual – Después de todo, están en su casa.

Clara – Gracias por recordárnoslo...

Suena el timbre de nuevo.

Pascual – Ah, ves, estabas hablando mal de ellos. Por una vez, están a tiempo.

Aranjuez – Voy... Pero después, dejaré la puerta abierta, porque si no, no terminaremos...

Sale. Intercambio de sonrisas un poco incómodas.

Pascual – Yo fui quien acompañó a su tía en sus últimos momentos...

Rafael – Ah sí. Lamentablemente, no tuve el placer de... Quiero decir...

Clara – Y... ¿de qué murió exactamente?

Pascual – Dios mío, ya saben... Pasados los 90 años... ¿Realmente es necesario morir de algo en particular? De todos modos, les puedo asegurar que no sufrió.

Llegan el Sr. y la Sra. Balaguer, uno con un tabulé y la otra con una ensalada de endivias. Seguidos por Aranjuez.

Sr. Balaguer – Hola a todos... Disculpen que no les estreche la mano, pero estoy un poco abrumado... ¿Dónde puedo poner esto?

Sra. Balaguer – Ves que el buffet está allí. Como siempre...

El Sr. Balaguer pone su plato y la Sra. Balaguer hace lo mismo. Se vuelven hacia Rafael y Clara.

Sr. Balaguer – Jordi Balaguer, corredor de seguros. Y esta es Nuria, mi esposa.

Sra. Balaguer – Ustedes son Rafael y Clara, creo.

Clara – Sí... Las noticias corren rápido, veo.

Sr. Balaguer – Antes de venir a trabajar a este edificio como conserje, la Señora Da Silva trabajaba como espía para los servicios secretos rusos.

Sra. Balaguer – Pensé que era portuguesa...

Sr. Balaguer – ¡Estoy bromeando, Nuria! ¡Estoy bromeando!

Sra. Balaguer – Hice un tabulé y una ensalada de endivias.

Sr. Balaguer – Espero que les gusten las endivias.

Sra. Balaguer – ¿Por qué dices eso?

Sr. Balaguer – Personalmente, odio las endivias.

Sra. Balaguer – Sí, por eso también hice un tabulé. Pero las endivias son muy buenas. Y además, es la temporada. ¿Te gustan las endivias, Rafael?

Rafael – Sí, bueno...

Sr. Balaguer – Ni siquiera sabía que había una temporada para las endivias... Pensé que las endivias eran todo el año...

Sra. Balaguer – Son endivias con Roquefort. Son excelentes, ya verán. Y son muy buenas para la salud. ¿No es así, Doctora?

Pascual – De todos modos, en toda mi carrera, nunca conocí a nadie que muriera después de comer endivias con Roquefort.

Sr. Balaguer – Es que ninguno de sus pacientes ha probado las de mi esposa.

La Sra. Balaguer lo fulmina con la mirada.

Sr. Balaguer – Pero bueno, Nuria, ¡estoy bromeando! Estamos aquí para pasar un buen rato juntos, ¿verdad? ¡Entre vecinos!

Clara – Sí... Y parece que va bien...

Suena el teléfono fijo. Antes de que Rafael tenga tiempo de reaccionar, Aranjuez contesta automáticamente.

Aranjuez – ¿Hola? Sí, es usted, padre... Sí, sí, entiendo... No, no hay problema, lo esperamos... De acuerdo, hasta luego

Mr Balaguer – Vive en la planta baja. Desde que su presbiterio fue vendido por la diócesis a una pareja de homosexuales para convertirlo en un bed and breakfast gay friendly...

Pascual – Parece que la Iglesia también está en crisis... Se ve obligada a vender sus joyas de familia.

Aranjuez – No sabes cuánto acertaste... Lamentablemente, hoy en día, a veces sentimos que vivimos en el reino de Sodoma.

Silencio.

Pascual – ¿Les sirvo algo para empezar con buen pie?

Mr Balaguer – ¡Vamos! Que comience la fiesta...

Aranjuez – ¿Sangría?

Sra. Balaguer – Sangría.

Aranjuez – Muy bien... Entonces, ¡sangría para todos!

Mr Balaguer – Y al menos, para la sangría, ¡no se necesita sacacorchos!

Todos estallan de risa, excepto Rafael y Clara.

Pascual – Es una broma entre nosotros, porque Adela nunca sabía dónde ponía su sacacorchos.

Ríen todos de nuevo. Rafael y Clara se fuerzan a sonreír, pero intercambian una mirada un poco preocupada.

Aranjuez – En sus últimos días, su pobre tía perdía un poco la cabeza, ya saben...

Pascual – Pasados los 90 años, es bastante normal no tener una memoria tan buena... De todos modos, para su edad, estaba todavía muy en forma, créanme...

Clara – En resumen, murió en buena salud, ¿verdad, doctora?

Momento incómodo, disipado por la llegada del Padre Dos Santos, acompañado de la Baronesa.

Dos Santos – ¡Hola a todos! ¡Y bienvenidos a los recién llegados!

Mr Balaguer – Ah, aquí está el Señor Chorizo.

Rafael – Señor Chorizo, buenas noches.

Todos los vecinos se ríen de nuevo.

Pascual – Son impagables...

Aranjuez – No, es otra broma entre nosotros, porque todos los años, sistemáticamente, viene a la Fiesta de los Vecinos con un chorizo.

Dos Santos – ¡Y aquí está! ¿Por qué romper con la tradición?

Saca un chorizo que coloca en el buffet, antes de estrechar la mano de Rafael y Clara.

Dos Santos – Soy el Padre Dos Santos. Y aquí está la Baronesa de Casteladrón.

Sra. Balaguer – **Que, de acuerdo con la tradición también, no traje nada, supongo...**

Baronesa – Siempre hay demasiado, de todos modos. Y cada uno se lleva los restos. ¡Mejor comer directamente los restos!

Nueva carcajada.

Aranjuez – ¡Siento que nos vamos a divertir mucho!

Dos Santos – Sin olvidar que este año, la Fiesta de los Vecinos tiene un significado especial para todos nosotros...

Aranjuez – Es verdad, discúlpame. Olvidé por un momento que nuestra pobre Adela nos dejó.

Dos Santos – Sí, es conmovedor estar todos reunidos en su casa esta noche. En cualquier momento siento que va a entrar por esa puerta para obsequiarnos con ese delicioso pastel de nueces, cuya receta tanto le gustaba mantener en secreto...

Sra. Balaguer – **Su tía era muy reservada...**

Rafael – No seré yo quien diga lo contrario. Toda su vida logró ocultarme su propia existencia.

Dos Santos – Tuve el privilegio de administrar los últimos sacramentos a su tía antes de que Dios la llamara a Él. Al menos, ten la seguridad de que no nos dejó sin el auxilio de la religión.

Rafael – Sí, eso es... Es bastante reconfortante, de hecho.

Clara – Deduzco que Adela era muy creyente...

Dos Santos – ¿Creyente? Diría que incluso militante.

Aranjuez – Cuando aprobaron la ley del matrimonio para todos, créanme, ella no fue la última en protestar en la calle. ¡Le tenía un horror a los homosexuales!

Clara – ¿En serio?

Consternación de Rafael y Clara.

Pascual – Sí... Eran buenos tiempos...

Sra. Balaguer – **La oportunidad de reunirnos todos alrededor de valores comunes.**

Aranjuez – Y sobre todo, como pretexto para un alegre picnic en El Retiro, regado con este excelente vino de misa. ¿No es así, Padre?

Dos Santos – Creo que Adela habría deseado que este año también celebráramos con alegría este momento de convivencia y compartir. (*Levanta su copa*). ¡En memoria de esta mujer excepcional!

Levantando sus copas y beben. La llegada de Angela, con un aspecto gótico, crea un ambiente frío.

Aranjuez – Ah, queridos amigos, aquí está Angela.

Angela – Hola, viejos despojos. ¿Hay algo para beber? Estoy necesitada...

Aranjuez – Angela es pintora, y tiene su estudio en la planta baja.

Pascual – Señora Balaguer, ¿podría tener la amabilidad de servirle a la señorita Angela un vaso de sangre?

Sra. Balaguer – ¿Querrá decir sangría, sin duda?

Pascual – ¿No fue lo que dije?

Señora Balaguer sirve un vaso que entrega a Angela, quien lo vacía de un trago bajo la mirada reprobatoria de los demás vecinos.

Angela – Ah... Tenía sed...

Clara – Y, ¿qué tipo de pinturas hace? ¿Abstractas? ¿Figurativas?

Angela – En este momento, estoy en mi periodo rojo.

Rafael – Ah, muy bien... Como Picasso, entonces. Quiero decir, su periodo azul.

Angela – Ah no, solo quería decir que en este momento, me estoy pasando al vino tinto. De lo contrario, pinto muy poco.

Risas forzadas.

Aranjuez – Ya saben cómo son los artistas...

Dos Santos – ¿Y si pasamos a la terraza?

Mr Balaguer – Con gusto...

Salen, dejando a Rafael y Clara solos con Angela.

Angela – No se preocupen, a pesar de las apariencias, no soy una vampira. Los chupasangres, son más bien ellos...

Clara – ¿En serio?

Angela – ¿Saben cómo murió su abuela?

Rafael – Era mi tía abuela... Era muy mayor. La verdad, no me he hecho esa pregunta.

Angela – Adela estaba en plena forma, créanme. Hubiera llegado a los cien años.

Clara – Creo detectar tras ese condicional un atisbo de sospecha...

Rafael – ¿Alguien tenía motivos para querer mal a mi tía?

Angela evade la respuesta con una sonrisa misteriosa.

Angela – ¿Les gusta este cuadro?

Rafael – Dios mío... Es muy pomposo, ¿no?

Angela – Lo pinté yo.

Clara – Pero este cuadro está muy bien, incluso le encuentro algo...

Angela – No se molesten. Fue solo un encargo de Adela.

Rafael – ¿En serio?

Clara – ¿Es su prometido de esa época?

Angela – En todo caso, para hacerlo, ella me proporcionó una foto del General. En la época en que aún era solo teniente...

La baronesa vuelve.

Baronesa – No se preocupen por mí.

La baronesa llena su bolso con diversas viandas del buffet. Antes de servirse un vaso que lleva a sus labios, con expresión de disgusto.

Baronesa – Sangría... Qué vulgaridad...

La baronesa se va.

Clara – ¿De verdad es una baronesa?

Angela – En realidad, no se sabe si heredó ese título nobiliario de sus antepasados o si la llaman así porque en su juventud interpretó un personaje de baronesa en una película para adultos.

Silencio.

Clara – ¿Sabes algo sobre la muerte de Adela que debamos saber?

Rafael – Pensé que murió de un ataque al corazón o algo así.

Angela – No tengo certeza, pero al parecer, no todos están de acuerdo sobre las circunstancias y las causas de su muerte...

Clara – ¿Y cuáles son los diferentes escenarios?

Angela – Según la portera, la encontraron en el patio.

Rafael – Pensé que ella había muerto en su cama.

Angela – ¡Siete pisos, se dan cuenta...!

Clara – Tal vez el ascensor estaba fuera de servicio... Si tomó las escaleras, a su edad... ¿Creen que su corazón pudo fallar?

Angela – Dada la condición del cuerpo cuando la encontraron, no parece que haya tomado ni las escaleras ni el ascensor para bajar desde su piso hasta el patio.

Rafael – Ah, sí...

Angela – Según la señora Da Silva, no era bonito de ver. No la hubieran reconocido.

Rafael – Más aún porque nunca la vi.

Clara (*pensativa*) – ¿Una caída? Desde la terraza...

Rafael – La barandilla es bastante alta. A menos que la haya cruzado intencionalmente.

Angela – O que alguien la haya ayudado a pasar por encima...

Clara – ¿Un asesinato? Es una acusación muy grave...

Rafael – Pero no entiendo... La Doctora Pascual me dijo que ella acompañó a mi tía en sus últimos momentos...

Angela – En todo caso, ella fue la que firmó el certificado de defunción. Lo que probablemente explique que no haya habido ninguna investigación. A los más de 90 años, de todos modos, ya no le interesa a la policía...

Clara – Pero es monstruoso...

Angela – Voy a tomar un poco de aire en la terraza también... Pero si me encuentran en el patio, sabrán que no es un suicidio...

Sale. Rafael y Clara intercambian una mirada consternada.

Rafael – Empiezo a preguntarme si esta herencia es tan buena como parece...

Clara – Tal vez ella está inventando todo.

Rafael – ¿Quién?

Clara – ¡Esta Angela! Tiene un aspecto un tanto extraño.

Rafael – Digamos que destaca entre los demás.

Clara – ¿Realmente crees que podrían haber asesinado a la tía Adela?

Rafael – ¿Por qué harían eso? Parecían quererla mucho.

Clara – Al menos eso es lo que dicen... En cuanto a ese cura, es curioso, su cara me suena de algo...

Sam, posiblemente travesti o prostituta, llega detrás de ellos sin que se den cuenta.

Sam – Hola.

Se sobresaltan.

Clara – ¡Me asustó!

Sam – Lo siento... La puerta estaba abierta, así que entré. La Fiesta de los Vecinos, ¿es aquí, verdad?

Rafael – Sí, en fin...

Sam – Ustedes deben ser Rafael y Clara.

Clara – ¿Y usted quién es?

Sam – Sam. Acabo de mudarme al apartamento del primer piso. Sí, ya sé, temo ser un poco incongruente en el edificio. Aquí, parecen ser sobre todo profesionales liberales.

Rafael – Supongo que no es abogada ni médica...

Monsieur Balaguer vuelve con Aranjuez y Dos Santos.

Aranjuez – ¿Qué es esto?

Sam – Soy la nueva inquilina de abajo.

Aranjuez – ¿El piso de abajo?

Sam saluda a Balaguer con un beso.

Sam – ¿Cómo estás, cariño?

Mr Balaguer (*confundido*) – Menos mal que mi esposa no está aquí...

Aranjuez – El piso de abajo ha estado desocupado durante años...

Sam – Bueno, ahora ya no lo está. Me enteré por la portera de que estaban celebrando la Fiesta de los Vecinos. Así que como soy nueva, pensé que sería una oportunidad para...

Mr Balaguer – ¡Pero hizo muy bien!

Señora Balaguer llega también.

Sra. Balaguer – ¿Qué es esto?

Mr Balaguer – Querida señora, les presento a mi esposa, Natalia.

Sra. Balaguer – Me llamo Nuria.

Mr Balaguer – Es cierto, perdóneme. Natalia es mi secretaria. Siempre las confundo...

Sam – Hola, Nuria, encantada. ¿Te importa si te llamo Nuria?

Sra. Balaguer – Bueno...

Sam – Pero por supuesto, llámame Sam.

Sra. Balaguer – Y Sam, ¿es el diminutivo de...?

Sam – No, no... Solo Sam.

Sra. Balaguer – Solo Sam... Entiendo... Prefieres mantener tu parte de misterio...

Mr Balaguer – En cualquier caso, contamos contigo para animar un poco esto. Porque por ahora, es mortal... (*Al ver a Rafael y Clara*) Disculpen, no lo dije por Adela... Es cierto que su desaparición nos ha afectado a todos...

Sra. Balaguer – Sí, es extraño estar aquí, rodeados de sus muebles y chucherías. Por cierto, no sé si es el momento, pero Adela siempre me dijo que cuando muriera, me dejaría esa cómoda...

Clara – ¿En serio?

Mr Balaguer – Como asegurador, estoy acostumbrado a tasar muebles antiguos y otras antigüedades, y les puedo decir que esa cómoda solo tiene valor sentimental...

Rafael – De todos modos, teníamos la intención de cambiar un poco la decoración antes de mudarnos, así que ¿por qué no?

Clara – Y si fueran los últimos deseos de Adela...

La baronesa regresa.

Baronesa – Sí... Y parece que la Tía Adela veía venir su final, porque a mí, me prometió este jarrón chino...

Sra. Balaguer – ¿A usted? Apenas la conocía...

Baronesa – No siempre es necesario conocer a las personas durante mucho tiempo para tener una idea de ellas...

La Señora Da Silva, la portera, llega.

Da Silva – ¿El jarrón chino? ¡Es mío, ella quería dármelo!

Mr Balaguer – Les presento a la Señora Da Silva, nuestra portera.

Da Silva – Pero ¿quién se cree que es esta?

Baronesa – ¿Pones en duda mi palabra?

Da Silva – No hace falta que te pongas tan estirada conmigo. Los Da Silva son porteros en este edificio desde hace tres generaciones.

Baronesa – Porteros desde hace tres generaciones... Hablas de títulos nobiliarios... ¿Por qué no vuelves a tu cabaña?

Da Silva – ¿Porque la señora baronesa vive en un castillo, acaso? Solo vives en la planta baja...

Baronesa – En cualquier caso, este jarrón es mío. La vieja me lo regaló. Apreciaba mucho mi conversación, créanme.

La baronesa toma el jarrón.

Da Silva – ¡Es mío, te digo! Adela me lo prometió. Limpié su casa durante treinta años, y nunca rompí nada.

La portera intenta arrebatarse el jarrón a la baronesa.

Dos Santos – Señoras, por favor... Un poco de compostura...

Baronesa – ¡Suéltalo, zorra!

Dos Santos – En fin, Señora Baronesa, le toca dar ejemplo. ¿San Martín no le dio la mitad de su capa a un pobre?

Baronesa – ¡Es tonto, este! ¡Es un jarrón! ¿Cómo quieres que le dé la mitad de un jarrón?

El jarrón finalmente cae al suelo, bajo la mirada consternada de Clara y Rafael. La tensión cae de inmediato.

Dos Santos – Y así es...

Da Silva – Lo siento mucho...

Baronesa – No, es mi culpa, no sé qué me pasó.

Mr Balaguer (*a Clara y Rafael*) – Discúlpennos... Todos estamos un poco nerviosos...

Sra. Balaguer – La emoción, seguramente. Todos estamos teniendo dificultades para superar la herencia de Adela.

Aranjuez – Quieres decir la pérdida de Adela, seguramente...

Mr Balaguer – Como les dije, todas estas cosas no tienen ningún valor de mercado. Son solo recuerdos...

Aranjuez – Y los recuerdos no tienen precio, ¿verdad?

Sam – Vamos a tomar un poco de aire en la terraza, nos hará bien...

Salen, dejando a Rafael y Clara solos.

Clara – Son unos locos peligrosos, te digo...

Rafael – Es verdad, en un momento pensé que realmente iban a matarse.

Clara – Todo por un jarrón...

Rafael – Haremos un inventario de este museo de horrores y veremos... Pero, después de todo, si cada uno pudiera llevarse algo...

Clara – Nos evitaría llevarlo todo al vertedero.

Rafael – Sí, es una idea. Podríamos proponer que cada uno se lleve un objeto de su elección. En recuerdo de nuestra querida difunta...

Clara – En ese caso, sería mejor sortearlos para evitar un motín...

Rafael – ¿Crees que la vieja prometió ese jarrón a dos personas a propósito?

Clara – ¿Por qué haría eso?

La Señora Bordalina llega.

Bordalina – A mucha gente le gusta irse pensando que dejan un gran desastre detrás de ellos... Ya sea un orinal para compartir a la mitad o Palestina. En Oriente Medio, esto lleva durando 6000 años. Supongo que para nuestros queridos mayores, es una forma de acceder a la inmortalidad. Al continuar estando presentes entre nosotros después de su desaparición, a través de la cantidad de líos que nos dejan al partir... Al menos así se aseguran de que no los olvidemos de inmediato...

Rafael – En todos casos, esto funcionó muy bien para Dios. Al dejarnos en herencia este mundo de mierda que había creado, estaba seguro de que siempre nos recordaríamos de él. Miren, incluso hoy, después de un terremoto que diezmó a toda su familia, los sobrevivientes aún encuentran la manera de agradecer a Dios en lugar de a los bomberos que los sacaron de entre los escombros arriesgando sus vidas.

Bordalina – Pues en este mundo de mierda, créanme, muchos se toman por Dios. Señora Bordalina, psicoterapeuta. Soy su vecina del quinto...

Clara – ¿Psicoanalista? Lo que faltaba... Pero por supuesto, entre.

Rafael – Deduzco que conocía bien a la Tía Adela. ¿Era una de sus pacientes?

Bordalina – Si fuera el caso, no podría decírselos. Secreto profesional. Pero no. Adela pertenecía a una generación que prefería confiar sus secretos en un confesionario en lugar de en un diván.

Rafael – Además es mucho más barato.

Bordalina – Y mucho menos doloroso. Porque se lo aseguro, uno no se deshace de un psicoanalista con solo dos Padre Nuestro.

Rafael – En cualquier caso, ¿conocía a Adela?

Bordalina – La observaba, desde lejos... Una simple deformación profesional...

Clara – Dado que no era una de sus pacientes, ¿nos puede hablar un poco de ella?

Bordalina – Oh... Solo son rumores... que su tía parecía disfrutar propagando ella misma.

Rafael – ¿Qué tipo de rumores?

Bordalina – Según lo que se decía, su tía habría escondido un tesoro en casa.

Clara – ¿Un tesoro?

Bordalina – Según la portera, el difunto esposo de Adela había acumulado una fortuna haciendo mercado negro durante la guerra civil.

Rafael – De ahí la necesidad de ocultar ese dinero sucio, supongo...

Bordalina – Al parecer, adquirió este piso durante ese período turbulento, sin que se supiera qué fue de los antiguos propietarios, arrestados de un día para otro por la policía...

Clara – ¿En serio...?

Rafael – Entonces, no se sabe exactamente qué era ese tesoro, ni, por supuesto, dónde estaría escondido.

Bordalina – A menos que todo esto sea solo un mito, por supuesto...

Clara – ¿Y qué interés habría tenido ella en hacer creer que tenía un tesoro en casa?

Bordalina – ¿Quién sabe? Tal vez encontraba interesante correr el rumor de que poseía una fortuna oculta, la cual podría eventualmente dejar a quien la tratara bien.

Clara – Entiendo...

Bordalina – Me uniré a los demás en la terraza... Supongo que es donde están todos, como cada año...

Bordalina sale.

Clara – Realmente, tu tía Adela me parece cada vez más simpática...

Rafael – Y su herencia cada vez más escandalosa.

Clara – No sorprende que el resto de la familia haya roto con ella.

Rafael – ¿Y si todos vinieron para poner sus manos en el tesoro de la vieja?

Clara – Por eso quieren llevarse algo cada uno.

Rafael – Quién sabe, tal vez había algo escondido en ese jarrón...

Clara – Nos hubiéramos dado cuenta, ¿no?

Rafael – La cómoda tal vez tiene un doble fondo...

Clara – A menos que una obra maestra se esconda bajo la costra de este infame cuadro.

Rafael – O tal vez uno de ellos ya encontró el tesoro...

Clara – Y decidieron deshacerse de la vieja después de eso para repartirse el botín.

Rafael – Pero entonces, ¿por qué estarían aquí hoy?

Clara – Todavía no han logrado poner sus manos en el piso...

Rafael – Les estorbamos en sus planes, eso es seguro.

Un momento.

Clara – Tal vez nos denuncien también a la policía.

Rafael – Pero no tenemos nada de qué arrepentirnos.

Clara – ¿Y la gente que tu tía denunció? ¿Crees que tenían algo de qué arrepentirse?

Rafael – Bueno... No soy responsable de lo que hizo mi tía durante la guerra. ¡Ni siquiera había nacido!

Clara – De todos modos, me molesta saber que tu tía Adela denunció a personas durante la dictadura para apropiarse de su piso. Y que nosotros, podríamos vivir en ese piso después de heredarlo... Eso, eso me molesta, ¿ves?

Silencio.

Rafael – Creo que estamos en plena locura aquí...

Clara – Tienes razón. Solo es la Fiesta de los Vecinos, después de todo.

Rafael – O tal vez pusieron algo en la sangre...

Clara – Vamos a dar una vuelta por la terraza para ver qué están tramando.

Rafael – ¿Crees?

Clara – Estamos en nuestra casa, ¿no?

Rafael – Si lo dices...

Salen. Sam llega y comienza a buscar en la habitación. Da Silva regresa y la sorprende.

Da Silva – Bueno, no se contenga...

Sam – Ah, señora Da Silva... Se confunde, le aseguro. No soy quien usted piensa...

Da Silva – Eso ya me lo imaginaba, ¿ve?

Sam – A usted se lo puedo decir... Casi del oficio...

Da Silva – ¿Qué oficio? No se detenga, llámeme prostituta también.

Sam le muestra una placa de policía.

Sam – Inspector Ramírez.

Da Silva – ¿Inspector?

Sam pone un dedo en sus labios para indicarle que esta información debe mantenerse en secreto.

Sam – Estoy aquí... encubierta.

Da Silva – ¿Encubierta?

Sam – ¡Disfrazada! ¡Infiltrada! Bajo una identidad falsa, si lo prefiere.

Da Silva – Ah, sí...

Sam – Tenemos buenas razones para sospechar que la vieja... ¿Cómo se llamaba de nuevo?

Da Silva – Adela.

Sam – Eso es... Creemos que Adela no murió de muerte natural...

Da Silva – ¿Ah, sí?

Sam – Podría ser un asesinato, pero no tenemos pruebas... Estoy aquí para investigar.

Da Silva – Ah, bueno...

Sam – No eres muy habladora para ser una conserje, dime...

Da Silva – No...

Sam – ¿Y además de eso, sabes algo?

Da Silva – Pues no...

Sam – Siento que vas a ser de una ayuda valiosa. ¿Conoces las circunstancias exactas de la muerte de Adela?

Da Silva – ¿Fue un accidente, no?

Sam – Quién sabe... Cuando es uno de los posibles asesinos quien emite el certificado de defunción, y otro le da la extremaunción de inmediato...

Da Silva – Ah, sí...

Sam – Y sobre ese tesoro que la vieja habría escondido en su casa, imagino que tampoco sabes nada...

Da Silva – No.

Sam – Bueno... Vamos a mezclarnos un poco en la terraza, o terminaremos atrayendo la atención. Y si descubres algo interesante por tu lado, ven a hacerme un informe de inmediato, ¿de acuerdo?

Da Silva – Muy bien...

Sam – A partir de ahora, considera que eres mi ayudante, Da Silva...

Salen. Llega el Coronel Miranda acompañado por el Maître Garibaldi, abogado.

Garibaldi – Nadie...

Miranda – Pero el bufé está aquí, como todos los años...

Garibaldi – Deben estar en la terraza...

Miranda – Aprovechemos para servirnos una copa.

Garibaldi – ¿Sangría?

Miranda – Con gusto...

Garibaldi – De todos modos, no veo nada más...

Brindan y beben.

Miranda – La sangría de la Señora Aranjuez sigue siendo igual de intragable.

Garibaldi – Sí, como todos los años...

Beben de nuevo.

Miranda – Me pregunto si este maldito monje no sabrá algo.

Garibaldi – ¿El Padre Dos Santos? ¿Crees?

Miranda – ¿No era el confesor de la vieja?

Garibaldi – ¿Usted piensa que este Tartufo podría intentar pasarnos por encima?

Miranda – ¿Cómo confiar en un cura?

Garibaldi – Especialmente un cura excomulgado...

Miranda – ¿Por qué su obispo lo obligó a dejar la Iglesia, por cierto? Él dice que renunció, pero no lo creo mucho.

Garibaldi – Ya sabe, para que la Iglesia se resignara a separarse de un cura, con la crisis actual de las vocaciones... Debe haber hecho algo muy grave.

Miranda – Está claro. No los despiden por un simple caso de pedofilia.

Garibaldi – Tal vez porque quería seguir diciendo la misa en latín, o algo así.

Miranda – Pero usted es su abogado, debe saber algo.

Garibaldi – Ah... Secreto profesional...

Miranda – No conmigo...

Garibaldi – Solo era su abogado, no su confesor.

Miranda – De todos modos, estoy seguro de que sabe dónde escondió el botín. Yo mismo lo confesaré, ya verá...

Garibaldi – No vaya muy fuerte. Ya tenemos la muerte de la vieja encima...

Miranda – No se preocupe, sabré cómo aplicar la psicología. De todos modos, no dejará rastro...

Garibaldi – ¿Quién más podría saber algo sobre el dinero de la vieja?

Miranda – ¿El asegurador?

Garibaldi – Lo dudo. Adela tenía buenas razones para no confiar en él.

Miranda – ¿Sabe por qué estuvo en la cárcel, por cierto?

Garibaldi – Cobraba las primas de sus clientes, a quienes supuestamente aseguraba sus propiedades, pero el dinero iba directamente a su bolsillo... Lo atraparon después de un incendio. Su cliente esperaba ser reembolsado, y se dio cuenta de que no estaba asegurado.

Miranda – ¡Ah, sí, eso es tonto!

Garibaldi – Lo peor es que el tipo prendió fuego a su propia casa de campo, porque no podía venderla... Esperaba hacer un buen trato cobrando el seguro...

Miranda – Qué idiota... Pero parece que usted conoce bien el expediente...

Garibaldi – Sí... El idiota era yo...

Miranda – Ya veo... De todos modos, no tenemos mucho tiempo... Cuando estos dos tontos vivan aquí a tiempo completo, será mucho más difícil buscar en el piso.

Miranda comienza a abrir algunos cajones y a buscar por todas partes. Garibaldi lo imita. Monsieur Balaguer vuelve con Dos Santos.

Mr Balaguer – ¿Están buscando algo?

Garibaldi – Lo mismo que ustedes, probablemente...

Miranda – Usted era su asegurador, ¿no? Debe haber hecho un inventario de sus bienes, ¿verdad?

Mr Balaguer – Parece que si realmente tenía un tesoro, prefirió no incluirlo en el inventario...

Miranda – ¿Y usted, Padre? ¿Era su confesor?

Dos Santos – Lamentablemente, hijo mío, Adela no me contaba todo... Y aunque así fuera, les recuerdo que estoy obligado al secreto de confesión...

Mr Balaguer – Claro...

Garibaldi y Balaguer comienzan a buscar por todas partes.

Dos Santos – Mantengamos la fe, mis hijos. ¿No dice la Biblia – Buscad y encontraréis, pedid y se os dará, llamad y se os abrirá...

Mr Balaguer – ¡Y encima se burla de nosotros!

Miranda se acerca a Dos Santos con un aire amenazador.

Miranda – ¿Está seguro de que no tiene algo que confesarnos, Padre? Confiésemelo y le daré la absolución. Pero si prefiere el martirio, también doy los últimos sacramentos...

Rafael y Clara regresan y los ven. Miranda suelta al cura que tenía agarrado por el cuello, y los otros dos, sorprendidos en falta, dejan de inmediato sus búsquedas.

Garibaldi – Ah, queridos amigos... Estábamos a punto de unirnos a ustedes, de hecho... Permítanme presentarme, Señor Garibaldi, abogado.

Miranda – Todos sus clientes terminan tras las rejas...

Garibaldi – Y aquí está el Coronel Miranda.

Miranda – Queridos vecinos...

Rafael – ¿Ustedes... han perdido algo?

Garibaldi – Eh... Sí... El Coronel no recuerda dónde dejó su teléfono móvil.

Clara – Bueno, simplemente llámelo.

Garibaldi – ¿Por qué lo llamaría? Ya que está a mi lado...

Clara – Para saber dónde está su teléfono.

Garibaldi – Ah, sí, por supuesto, pero... No estoy seguro de tener su número...

Rafael – Bueno, simplemente pregúnteselo. Ya que está justo a su lado.

Garibaldi – Por supuesto, pero... Ah, aquí está, creo que lo tengo...

Presiona una tecla de su teléfono. El de Miranda suena de inmediato en su bolsillo.

Miranda – Es tonto, lo estoy buscando por todas partes, y está en mi bolsillo...

Garibaldi – Bueno, ahora que las presentaciones están hechas...

Momento incómodo.

Miranda – ¿Me acompaña a la terraza, Padre? Tengo una pequeña pregunta que hacerle. Un dilema moral, por así decirlo...

Dos Santos (*desconfiado*) – Si puedo iluminarle, hijo mío...

Salen.

Garibaldi – Voy a poner un poco de música...

Pone música. Se escuchan gritos. Garibaldi sube el volumen.

Garibaldi – Me encanta esta parte. ¿Es Chopin, verdad?

Clara – Es Wagner.

Garibaldi – Claro, lo tenía en la punta de la lengua... (*Sonidos de lucha*) Voy a ver qué están haciendo... El coronel tiene un temperamento un poco explosivo. Cuando habla de teología con el Padre Dos Santos, tiende a encenderse un poco...

Sale. Clara baja la música.

Clara – Es curioso, este cura realmente me resulta familiar.

Rafael – ¿Dónde podrías haber conocido a un cura?

Clara – Después de todo, hice mi primera comunión...

Rafael – ¡Me dijiste que eras judía!

Clara – No dije que fuera judía. Digamos que... Es un poco más complicado que eso.

Bordalina vuelve y se sirve sangría.

Clara – ¿Conoces bien al Padre Dos Santos?

Bordalina – Los curas raramente se someten a un psicoanálisis. Es una lástima, de hecho. Son los que más lo necesitarían.

Clara – Tengo la sensación de conocerlo, pero no puedo recordar en qué circunstancias podría haberlo conocido...

Bordalina – A veces hay cosas que preferimos no recordar. Lo llamamos represión.

Rafael – Es cierto... Es como lo de la Tía Adela. No sabía que tenía una tía, y sin embargo, cuando supe de su existencia, no me sorprendió mucho. Debe ser que de todas formas había oído hablar de ella cuando era niño.

Bordalina – Los secretos de familia... Son como los cadáveres que arrojamos al agua con una bola de plomo atada al pie. Con el tiempo, y con la descomposición, siempre termina saliendo a la superficie.

Silencio.

Clara – Cuando era adolescente, todos se burlaban de mí porque ya tenía un busto pronunciado. No sé por qué me viene a la mente ahora.

Bordalina – El Padre Dos Santos... Debería hacerle sonar la campana...

Nuevo silencio. Inquietud de Clara.

Clara – Ahí está, ahora recuerdo... La primera comunión... El catecismo... ¡Era él!

Rafael – ¿Él?

Clara – Quería hacer mi primera comunión, como todas mis amigas. Para ser como ellas. Hice todos mis estudios en una escuela católica...

Rafael – Tampoco me habías hablado de eso. ¡Tú juras por la escuela pública!

Bordalina – Deberías resignarte, mi pobre amigo. Las mujeres no te dicen todo. Ni siquiera tu santa madre. Además, ella te había ocultado la existencia de la tía franquista.

Clara – El cura sabía que tenía raíces judías. Me dijo que podía cerrar los ojos... a condición de que también cerrara los míos.

Sale precipitadamente. Garibaldi regresa y sube el volumen.

Garibaldi – Me encanta esta parte...

La baronesa regresa.

Baronesa – Ya no nos oímos aquí.

Bordalina – Al contrario, nos oímos cada vez mejor, le aseguro.

Garibaldi – ¿No se dice que la música suaviza los asesinatos? Quiero decir, las costumbres...

Miranda también regresa.

Miranda – Señora Baronesa, mis respetos. ¿Me concederá este baile?

Baronesa – Lo siento, Coronel, pero por debajo de General, nadie entra en mi lista de baile. Así que un coronel. A menos que sea muy joven...

Miranda – Al mismo tiempo, Baronesa, es el rango más bajo entre los azules, ¿no?

Baronesa – Y además, a menos que sea militar, no se baila con Wagner...

Garibaldi – Dado que nadie baila, bajaré un poco la música...

Baja la música.

Miranda – Y si fuéramos a felicitar a la Señora Aranjuez por su sangría...

Bordalina – Sí, de hecho, tendrá que darnos la receta.

Garibaldi – Sabe que siempre se negó a revelarnos el secreto.

Miranda – Estimado Señor Abogado, usted olvida que participé en la guerra. Sabré cómo hacerla hablar.

Garibaldi – Es impagable...

Garibaldi y Miranda salen. Clara vuelve.

Rafael – ¿Estás bien? Estás muy pálida...

Clara – Sí, sí... Me siento mejor... No debería, pero me siento mejor... Quiero decir... Sí, alivia...

Rafael no parece entender.

Bordalina – Creo que finalmente ha matado al Padre...

Bordalina sale.

Rafael – Son unos locos, te digo...

Clara – Y empiezo a preguntarme si su locura no es contagiosa...

Rafael (*distraído*) – Ah sí...?

Clara – Creo que me dejé llevar un poco antes con el Padre Dos Santos... Volvió a intentar tocarme el pecho, así que lo empujé un poco violentamente...

Rafael – Hay un tesoro en esta casa. ¿Viste? Todos estaban rebuscando por todas partes...

Clara – Solo tenemos que buscar nosotros también...

Rafael – Pero ¿por dónde empezar?

Clara – En cualquier caso, tendremos que registrarlos a todos antes de que se vayan...

Rafael – Hace diez minutos queríamos dejarlos ir a cada uno con algo, para deshacernos...

Clara – Eso ya no está en cuestión. (*Un poco histérica*) ¡Este tesoro es nuestro y lo encontraremos!

Comienzan a buscar. La Señora Da Silva, la conserje, vuelve. Se detienen al ver que los observa.

Rafael – Ah, Señora Da Silva...

Clara – Usted es la conserje, ¿verdad?

Da Silva – Hun, hun...

Clara – Entonces, usted recibirá propinas de nosotros cada año en enero.

Rafael – Espero que mi tía fue generosa con usted...

Da Silva – Adela... No se puede decir que sí. Aunque hacía la limpieza en su casa todas las semanas. Nunca una propina en treinta años.

Rafael – Temo que lamentablemente no tengamos los medios para seguir empleándola para hacer la limpieza.

Clara – No poseemos un tesoro escondido, como la tía Adela...

Da Silva – No, eso, Adela no era muy generosa...

Rafael – A pesar de eso, parecía muy apreciada en el edificio...

Da Silva – Seguro... Les hizo creer a todos que no nos olvidaría en su testamento.

Rafael – ¿Su testamento? ¿Mi tía redactó un testamento?

Da Silva se sirve un vaso de sangría.

Da Silva – En cualquier caso, nadie encontró nada después de su muerte... Pero quién sabe... Tal vez salga a flote algún día también... Disculpen, necesito hablar con el comisario... Quiero decir con esa puta.

Da Silva sale.

Rafael – Un testamento... Imagina, eso cambiaría todo.

Clara – ¿Por qué?

Rafael – ¡Soy solo el bisnieto! Si heredo este piso, es porque no encontraron un testamento que designara específicamente a otra persona como legataria.

Clara – Pero tú eres la única familia que le queda.

Rafael – ¡Soy solo un heredero por defecto! Si hizo un testamento, podría haber dejado su piso a otra persona. A sus vecinos, por ejemplo.

Clara – Ya veo... Entonces, si encontramos ese documento...

Rafael – Solo tendríamos que regresar a los suburbios.

Clara – Entonces, ¿crees que eso es lo que están buscando – el testamento?

Rafael – En cualquier caso, si existe ese papel, sería bueno ponerle las manos encima antes que ellos.

Clara – No podemos echarlos ahora...

Rafael – ¿Dónde demonios podría haber escondido ese maldito testamento?

Clara – Vamos a ver en su habitación...

Salen. Sam vuelve y vuelve a buscar en la habitación. Es interrumpida por la llegada de Da Silva.

Da Silva – Ah, Comisaria, la estaba buscando. Parece que el Padre Dos Santos también ha sido víctima de un accidente doméstico... Acabo de ver su cuerpo aplastado abajo en el patio.

Sam – Definitivamente, esa barandilla parece peligrosa. Será mejor asegurarse de que la reparen, Señora Da Silva. Se lo diré al administrador.

Da Silva – Le estoy diciendo que alguien ha muerto, ¿y eso es todo lo que le inspira?

Sam – Tiene razón, voy a echar un vistazo.

Salen. Señora Aranjuez vuelve con Maître Garibaldi y el Coronel Miranda.

Aranjuez – Realmente carece de tacto, Coronel. No necesitábamos un segundo cadáver en nuestras manos.

Garibaldi – Esto comenzará a parecer sospechoso, seguro...

Miranda – ¡Pero no fui yo, se lo juro! Solo lo zarandé un poco. Antes de dejarlo solo con la dueña de la casa.

Aranjuez – Bueno, de todos modos, asegúrense de hacer desaparecer el cuerpo. Solo pónganlo en el sótano por ahora. Ya veremos después...

Miranda – Me encargaré de eso...

Garibaldi – Un cura... Nadie se preocupará por su desaparición... Ya nadie va a misa...

Miranda – Sobre todo las misas en latín.

Aranjuez – Bueno, ¿por qué están esperando, Coronel?

Miranda – Ya voy...

Miranda sale.

Garibaldi – Y pensar que el cura podría haber sido el único que sabía dónde está el testamento de Adela...

Aranjuez – ¿Estás seguro de que existe, al menos?

Garibaldi – Fui yo mismo quien le sugirió que lo redactara. Juró que lo hizo.

Aranjuez – Sin embargo, ningún documento se depositó en su notario.

Garibaldi – Podría haber hecho un testamento ológrafo.

Aranjuez – ¿Ológrafo?

Garibaldi – Una declaración manuscrita, en papel libre. Que habría ocultado en algún lugar de su casa. Es igual de legal. Si tan solo lo encontráramos...

Aranjuez – ¿Para qué hacer un testamento, si es para esconderlo y que nadie lo encuentre?

Garibaldi – ¿Quién sabe? Tal vez tenía miedo de que ese documento cayera en manos de personas malintencionadas...

Aranjuez – Debe estar en algún lugar maldito, ese papel...

Garibaldi – Por supuesto, un testamento pondría en duda la herencia de este sobrino lejano.

Aranjuez – A condición de que esa vieja loca haya hecho testamento a nuestro favor, por supuesto.

Garibaldi – Oye, ¿a dónde fueron esos dos idiotas, de todos modos?

Señora Da Silva llega.

Garibaldi – Usted hacía la limpieza en casa de Adela, ¿no sabría dónde guardaba sus papeles importantes?

Da Silva – ¿Qué se creen? No porque sea la mujer de la limpieza ande husmeando por todas partes...

Bordalina llega. Seguida de Miranda.

Aranjuez – Y usted, Señora Bordalina? ¿Tiene alguna idea?

Bordalina – Soy psicoanalista, no adivina.

Garibaldi – Aun así, conoces los misterios del alma humana...

Bordalina – ¿Has leído La carta de Edgar Poe?

Aranjuez – Ni siquiera sabía que nos había escrito una carta. ¿Es un nuevo inquilino?

Bordalina – Cuando quieres ocultar algo, a veces es más fácil ponerlo bien a la vista, donde quienes buscan no piensan mirar...

Se va.

Miranda – Odio sus aires misteriosos y su actitud de darme lecciones.

Aranjuez – ¿Qué está más a la vista aquí?

Miraron a su alrededor, perplejos, sin detenerse en el cuadro que estaba en el centro de la habitación. Todos empezaron a buscar. Señora Balaguer llega.

Sra. Balaguer – Creo que he encontrado algo.

Todos los demás la miran. Ella sostiene una peluca.

Aranjuez – ¿Qué es esto?

Sra. Balaguer – Una peluca.

Miranda – ¿Y qué?

Aranjuez – ¿Nos vas a decir que al final Adela era un travesti?

Da Silva se pone la peluca. Rafael y Clara regresan.

Rafael – ¿Qué hace con esto?

Aranjuez – ¿Qué? ¿No tenemos derecho a divertirnos?

Miranda – Es cierto. Esto comienza a ser molesto. ¿Nos están vigilando o qué?

Clara – ¿Nosotros los estamos vigilando?

Rafael – Estamos en nuestra casa, ¿no?

Garibaldi – Por ahora, sí...

Clara – ¿Por ahora? ¿Qué significa eso?

Miranda – Lo saben muy bien. No tienen ninguna legitimidad para estar aquí. Ni siquiera conocían a Adela.

Rafael – Tal vez, pero los lazos de sangre existen. Y la ley es la ley. Les guste o no, yo heredo este piso.

Da Silva – ¡Ni siquiera los vimos en el funeral de Adela!

Clara – ¿Y ustedes? ¿Solo se ocupaban de ella con la esperanza de estar en su testamento?

Aranjuez – Su tía odiaba a los izquierdistas. Nunca les hubiera dejado todos sus bienes a gente como ustedes.

Rafael – Ustedes, realmente nos están empezando a fastidiar...

Miranda – No faltes al respeto a la Señora Aranjuez, joven impertinente. ¿Quieres terminar como tu tía?

Rafael – Entonces es verdad, ¿ustedes mataron a Adela?

Garibaldi – Vamos, Coronel, recupere la calma... Sabe que la tía Adela murió accidentalmente...

Pascual llega, seguido de Sam.

Clara – Pensé que fue un ataque al corazón. ¿Verdad, doctor?

Pascual – En realidad, no se sabe muy bien...

Rafael – A pesar de todo, usted emitió el certificado de defunción, ¿verdad?

Pascual – La medicina legal no es una ciencia exacta, ya sabe...

Clara – Aun así, debe saber si murió de un paro cardíaco, de una caída desde el séptimo piso, de un disparo en la espalda...

Rafael – De una ingestión masiva de barbitúricos o como resultado de estrangulación...

Sra. Balaguer – En realidad, es un poco de todo eso a la vez..

Da Silva (*en privado a Sam*) – ¿Por qué no los arresta de una vez?

Sam – Estoy esperando tener más pruebas... Créame, deje que la policía haga su trabajo...

Sam se va, seguida de Da Silva.

Garibaldi – Creo que la Señora Balaguer ha abusado un poco de esta excelente sangría. Y si su esposo la llevara a tomar un poco de aire en la terraza.

Mr Balaguer – Vamos, cariño...

Sra. Balaguer – Todavía aguanto...

Monsieur Balaguer sale llevándose a su esposa. Bordalina vuelve y se sirve una copa de sangría.

Garibaldi – Creo que todos hemos disfrutado demasiado de este delicioso elixir que nos preparó la Señora Aranjuez.

Pascual – Sí, además, aún me debe el secreto de su receta...

Bordalina – El secreto de la sangría, al igual que de una buena reunión familiar, es dejar que todo eso se marine bien en su jugo durante cierto tiempo.

Se va tambaleándose, bastante ebria.

Garibaldi – En resumen, creo que todos debemos recuperar un poco la compostura. Solo estamos aquí para celebrar la Fiesta de los Vecinos y la memoria de nuestra querida difunta.

Mr Balaguer – Sí, mi querida...

Pascual – Y... ¿Qué haces en la vida, mi pequeño Rafael?

Rafael – Trabajo para una editorial. Soy director de colección. Edito guías de viaje...

Aranjuez – Guías de viaje, ¿ves eso? Pero eso suena fascinante...

Garibaldi – Así que eres un gran viajero.

Rafael – Se pueden escribir novelas policíacas sin ser un policía o un delincuente, ¿saben?

Clara – Desafortunadamente, hoy en día, se pueden escribir novelas sin ser novelista...

Pascual – Y usted, señorita...

Clara – Soy profesora de inglés.

Aranjuez (*en otro lugar*) – Ah, eso está bien...

Pascual – Y me imagino que para ser profesor de inglés, hay que hablar inglés.

Clara – Sí... Aunque, hoy en día, es tan difícil encontrar profesores. Tal vez pronto ya no sea obligatorio.

Aranjuez – Como los médicos. ¡Ya no hay ninguno! Tenemos que traerlos del extranjero. Resulta que el mío es negro...

Garibaldi – ¿En serio?

Pascual – Y lo mismo con los curas. Con la crisis de las vocaciones... Verán que pronto ya no será necesario creer en Dios para officiar la misa.

Garibaldi – O incluso ser católico. ¿No se dice que vamos a transformar nuestras iglesias en sinagogas?

Pascual – Me parece que eran más bien mezquitas, ¿no?

Garibaldi – Sí, en fin, es lo mismo.

Monsieur Balaguer regresa.

Mr Balaguer – ¿Quieren un poco más de sangría?

Aranjuez – Vamos...

El ambiente está un poco tenso.

Rafael – No gracias...

Clara – Yo tampoco, creo que ya bebí lo suficiente.

Rafael – De hecho, comienza a ser un poco tarde, ¿no?

Aranjuez – Vamos, una última. Para el camino...

Mr Balaguer – No nos vamos a despedir así, acabamos de conocernos...

Aranjuez le da una copa de sangría a Rafael y Clara, que se fuerzan a beber un poco más.

Pascual – ¿Está buena, verdad?

Clara – Sí... Creo que voy a vomitar...

Rafael – Te acompaño.

Se preparan para salir apresuradamente.

Aranjuez – ¿Saben dónde están los baños?

Pascual – Al final del pasillo enfrente.

Rafael y Clara salen.

Garibaldi – Es realmente desagradable. Pero, ¿qué ponen aquí dentro?

Mr Balaguer – ¿No están tratando de envenenarnos también para quedarse con la herencia solo para ustedes?

Pascual – Vamos, por favor... Saben que para Adela fue un lamentable accidente.

Garibaldi – A lo sumo, un homicidio involuntario, según la ley.

Aranjuez – Casi podríamos decir un accidente doméstico seguido de un error médico.

Mr Balaguer – Aun así, si no encontramos ese testamento, no veremos nada.

Aranjuez – Nos engañó bien la anciana.

Pascual – ¿Existe, al menos, ese testamento?

Da Silva – Buscamos por todas partes.

Garibaldi – ¿Y si ellos lo hubieran encontrado antes que nosotros?

Pascual – ¿Ellos?

Garibaldi – ¡Esos dos fisgones!

Aranjuez – ¿Y si lo hubieran hecho desaparecer?

Pascual – Sería en su interés, ¿no?

Miranda – Podemos interrogarlos.

Pascual – Pero sin violencia innecesaria, entonces.

Miranda – Vamos a esperar a que vuelvan.

Aranjuez – Ya hemos buscado por todas partes aquí...

Mr Balaguer – Aprovechemos mientras están en el baño para registrar el resto del piso...

Aranjuez – Ven que mi sangría tiene sus beneficios.

Salen. Rafael y Clara regresan.

Rafael – ¿Crees que se han ido?

Clara – Lo dudo... Mientras no encuentren ese testamento...

Rafael – ¿Dónde crees que la vieja pudo haberlo escondido?

Clara – ¿En una caja fuerte?

Rafael – En las películas, a menudo, las cajas fuertes están detrás de los cuadros...

Se esfuerzan por descolgar el cuadro.

Rafael – Maldición, es pesado...

Colocan el cuadro contra un mueble.

Clara – No hay caja fuerte detrás del cuadro.

Rafael parece ver algo detrás del cuadro.

Rafael – Sin embargo, mira...

Giran el cuadro y ven que la parte posterior de la tela está cubierta por un texto.

Clara – El testamento de la tía Adela...

Como asustados, vuelven a colocar el cuadro para no ver la parte posterior.

Rafael – Aún así, da una sensación extraña.

Clara – Sí... Parece un mensaje dejado por un fantasma.

Rafael – ¿Qué hacemos?

Clara – Podríamos actuar como si no hubiéramos encontrado nada.

Rafael – O incluso destruirlo, para mayor seguridad, y actuar como si este testamento nunca hubiera existido...

Clara – Tal vez ella te legue el piso de todos modos... Tú no conocías su existencia, pero ella sabía que tenía un sobrino, ¿no?

Rafael – Eso lo arreglaría todo, pero... No hay que soñar demasiado, sin embargo...

Clara – Nunca se sabe. Mejor revisar lo que hay dentro antes de decidir si lo destruimos.

Rafael – Es verdad, nos evitaría un dilema bastante delicado de resolver...

Clara – Si podemos recuperar este piso sin tener que violar los deseos de una anciana franquista.

Rafael – Tienes razón... Siempre podré arreglármelas con mi conciencia si este testamento me despoja de mi herencia legítima.

Clara – Una herencia acumulada saqueando a mis ancestros republicanos después de haberlos encarcelados o peor todavía.

Rafael – Por otro lado, eso nos permitiría recuperar todo eso.

Clara – En resumen, sería un acto de justicia, ¿quieres decir? Un retorno justo de las cosas...

Rafael – Bueno... Tiene sentido...

Clara – Y además es un hermoso piso...

Rafael – De acuerdo. Echaré un vistazo, intenta retenerlos un momento por allá...

Clara se va hacia el pasillo. Rafael vuelve a girar el cuadro y lee lo que está escrito en la parte posterior.

Rafael – La maldita...

Vuelve a colocar el cuadro en su lugar. Clara regresa, seguida del Señor Balaguer.

Mr Balaguer (*un poco ansioso*) – Entonces, parece que vamos a ser vecinos...

Clara – Sí... Bueno, tal vez... Pero... me crucé con Sam antes y creo que quería hablarles en privado...

Mr Balaguer – ¿En privado?

Clara – No quiero meterme, pero creo que le causaron una gran impresión. Está en la terraza.

Mr Balaguer – Voy para allá...

Monsieur Balaguer sale.

Clara – Entonces, ¿qué pasa?

Rafael – Los vecinos heredan solo los muebles y los adornos.

Clara – ¿Y el piso?

Rafael – Lo lega a asociaciones.

Clara – Una forma de redimirse antes de la gran partida, para compensar sus turbiedades pasadas.

Rafael (*incómodo*) – Sí, bueno...

Clara – ¿Qué asociaciones?

Rafael – Tengo que volver a leer ese pasaje, solo tuve tiempo de verlo por encima...

Clara – Bueno... De todos modos, ya no tenemos mucho tiempo. Debemos decidirnos.

Rafael – Entonces, ¿qué hacemos?

Rafael vacila.

Clara – Son las últimas voluntades de la tía Adela...

Rafael – Sin contar que no será fácil hacer desaparecer este cuadro...

Clara – Y si alguien alguna vez tiene la idea de mirar detrás...

Rafael – ¿Entonces lo dejamos? ¿Les decimos que encontramos el testamento de Adela?

Clara – ¿Te imaginas vivir en este piso? Rodeados de estos vecinos psicópatas, que tal vez asesinaron a tu tía después de torturarla para extorsionarle su herencia.

Rafael – Podríamos ser los próximos de la lista...

Momento de indecisión.

Clara – Y además, el piso no es tan bonito.

Rafael – No exageres, tiene que seguir siendo creíble...

Clara – Joder, un piso en pleno centro de Madrid con vista al Retiro.

Rafael – Bueno, por otro lado, tendríamos que haber pagado bastantes impuestos de sucesión.

Clara – Tienes razón, mejor dejarlo.

Rafael – Aun así, vamos a ver El Prado una última vez...

Clara – Nos va a doler...

Rafael – Todavía podemos cambiar de opinión.

Salen. Aranjuez vuelve acompañada de todos los demás vecinos, excepto Sam y la baronesa.

Aranjuez – Nada...

Mr Balaguer – La muy desvergonzada se burló de nosotros.

Pascual – Creo que tendremos que resignarnos. Nunca recibiremos la justa recompensa por todos estos años de abnegación al servicio de una ingrata.

Miranda – Sí. Nos fumamos a la vieja por nada.

Rafael y Clara también regresan.

Garibaldi – Y por supuesto, ustedes nos van a decir que tampoco encontraron nada, ¿verdad?

Rafael – Es decir...

Para sorpresa de Rafael, Clara finge inocencia.

Clara – ¿Encontrado qué?

Pero el cuadro, mal colgado, se cae. Todos ven lo que está escrito en la parte posterior.

Garibaldi – El testamento de Adela...

Pascual – Gracias a Dios...

Mr Balaguer – Así que nunca hay que perder la esperanza en el prójimo.

Aranjuez – ¿Detrás de un cuadro?

Sra. Balaguer – ¿Es válido?

Garibaldi – La ley especifica que el testamento debe estar escrito a mano, pero no especifica en qué soporte. Una vez validamos uno escrito con sangre en el costado de una lavadora.

Da Silva – ¿Y entonces? ¿Qué dice?

Garibaldi – Les haré la lectura...

Saca sus gafas y se aclara la garganta. Rafael y Clara se intercambian una mirada resignada.

Garibaldi – Este es mi testamento auténtico, escrito de mi mano, y anula todos los demás...

Sam – Bueno, podríamos omitir las formalidades preliminares...

Garibaldi – Legado el piso de mi propiedad en Madrid, la mitad al Partido Comunista de España, y la otra mitad a la Asociación para la Rehabilitación de la Memoria del General Franco.

Bordalina – Eso es lo que se llama cortar el pastel por la mitad.

Mr Balaguer – Si deciden compartir los locales, la convivencia no será fácil...

Decepción general.

Pascual – ¿Eso es todo?

Garibaldi – El cuadro regresa al sindicato, la Señora Aranjuez, como representante de la copropiedad. Debe colocarse en el vestíbulo del edificio para que todos puedan disfrutarlo.

Aranjuez – Genial...

Garibaldi – Sigue una lista exhaustiva de los demás objetos sin valor en este piso, hasta la última cucharita, legados nominalmente a cada uno de nosotros. El jarrón chino queda en indivisión a la baronesa y a la portera.

Clara – Al final, la tía Adela era una cómica.

Aranjuez observa el cuadro.

Angela – Para que todos puedan disfrutarlo... Esta porquería... Y encima, nos está tomando el pelo, esa vieja arpía.

Rafael – Por favor, estás hablando de mi tía, después de todo...

Garibaldi – Quien, mediante este testamento, te deshereda.

Sra. Balaguer – La muy zorra...

Da Silva – No vamos a poner esto en la entrada.

Aranjuez – Observa, podría ahuyentar a los ladrones.

Mr Balaguer – Bueno. Creo que ya no tenemos nada que hacer aquí.

Rafael – ¿Y el testamento, qué hacemos con él?

Pascual – Haz lo que quieras con él, de todos modos, en uno u otro caso, nosotros no heredamos nada.

Sra. Balaguer – Excepto todo este trasto sin valor.

Mr Balaguer – Solo tienes que quemar ese testamento. Así el piso será tuyo por derecho propio.

Pascual – Tú o los demás, como vecinos, ¿qué cambia?

Aranjuez – Y además, ya eres un poco de la familia.

Garibaldi – Sí, estamos destinados a volvernos a ver...

Todos se disponen a salir.

Sra. Balaguer – Gracias por esta encantadora velada, de verdad...

Aranjuez – Y una vez más, todas nuestras condolencias...

Todos salen uno tras otro, pasando frente a Rafael y Clara para estrecharles la mano o besarles con un aire de circunstancia, como en un funeral. Rafael y Clara suspiran cuando el último sale.

Rafael – De vuelta al punto de partida.

Clara – No del todo... Aún tenemos que decidir qué hacer con este testamento.

Rafael – Demasiado tarde para hacerlo desaparecer, hay demasiados testigos. Nos tendrían agarrados por las pelotas...

Clara – ¿Entonces?

Rafael – No lo sé...

Clara – En todo caso, ya no tengo ganas de pasar la noche aquí...

Rafael – No, yo tampoco... ¿Qué hacemos con el cuadro? Quiero decir, con el testamento...

Clara – No podemos llevárnoslo. Es demasiado pesado.

Rafael – Tomemos la noche para reflexionar y veremos mañana.

Clara – Vamos a volver a nuestro suburbio. No tenemos vista al Prado, pero al menos es nuestro hogar.

Rafael – Sí, decididamente, fue demasiado bueno.

Clara – Siempre puedes convertirlo en una novela.

Rafael – O una obra de teatro...

Clara – Si es un bestseller, todavía podremos comprarnos un piso con tus derechos de autor...

Rafael cuelga el cuadro y le echa una última mirada.

Rafael – Tenías razón, era el General Franco.

Clara – Cuando aún era teniente...

Rafael – ¿Vuelvo a poner la alarma al irme?

Clara – Para lo que hay que robar aquí...

Rafael – La vuelvo a poner.

Se van.

Negro.

El rayo de luz de una linterna explorando el lugar. Luego otro. Los rayos se cruzan. Uno de los dos personajes enciende un interruptor y vuelve la luz. Se descubre a dos personas vestidas de Papá Noel.

Sam – Ah, batalla...

Baronesa – ¿Qué hacemos?

Sam – No vamos a llamar a la policía...

Se quitan las barbas. Es Sam y la baronesa.

Baronesa – Deduzco que no eres realmente un policía...

Sam – No más que tú eres realmente una baronesa...

Baronesa – De hecho, eres un tipo de mi estilo.

Sam – ¿Qué estilo?

Baronesa – Del tipo que cambia más a menudo de identidad que de ropa interior.

Sam – Pero, ¿quién te dijo que soy policía? O al menos, que se suponía que lo era...

Baronesa – Cuando se quiere guardar un secreto, es mejor evitar confiarse a una portera. *(Con una mirada al disfraz de la baronesa)* Es curioso que hayamos tenido la misma idea.

Sam – Un Papá Noel, en esta época, llama menos la atención. Sobre todo de noche...

Baronesa – Diría incluso que inspira confianza.

Sam – Supongo que tú tampoco viniste a dejar regalos al pie del árbol, ¿verdad?

Baronesa – No... ¿Entonces compartimos?

Sam – Si hay algo que compartir...

Inspeccionan el piso.

Baronesa – El botín parece bastante escaso.

Sam – Tenía buenos informes. Supongo que tú también...

Baronesa – Decían que la anciana tenía dinero en casa. Pero al parecer, solo era un rumor...

Sam – ¿Una caja fuerte?

Miran detrás del cuadro.

Baronesa – Nada detrás del cuadro.

Sam – ¿Y el cuadro?

Lo examinan.

Baronesa – Una porquería.

Sam – Todos estos esfuerzos para nada.

Baronesa – Yo que contaba con eso para mejorar mi reputación.

Sam – Y yo para descansar bajo el sol. En los trópicos...

Baronesa – Lamentablemente, Papá Noel no existe.

Sam – Vamos a irnos.

Baronesa – Me quedaré un poco más... Mejor no irnos al mismo tiempo.

Sam – Tienes razón... Dos Papá Noel juntos atraen más la atención.

Baronesa – Sí... Uno se pregunta cuál es el verdadero.

Sam se va. La baronesa espera a que se aleje y raspa el marco con su uña. Sam vuelve, desconfiada, y la ve hacerlo.

Sam – También me lo preguntaba, pensándolo bien... Aunque el marco es muy pesado, ¿verdad?

Baronesa – Es de oro macizo.

Sam – ¿Lo sabías?

Baronesa – Tomaba té con ella de vez en cuando. Un día, le eché una pastillita a su Earl Grey. Bajo éxtasis, era una mujer encantadora.

Miran el cuadro.

Sam – Un bonito regalo de Navidad.

Baronesa – Sí. Incluso compartido a la mitad...

Sam – Y no seremos demasiado para llevárnoslo.

Baronesa – Creo que al final, podemos agradecerle a la tía Adela.

Sam – Y ahora, nos toca contradecir el famoso dicho...

Baronesa – ¿Qué dicho?

Sam – Mal logrado, nunca prospera.

Baronesa – Oh... No soy supersticiosa.

Desenganchan el cuadro. Una alarma comienza a sonar. Se miran consternadas.

Sam – Era realmente una zorra...

Negro.

FIN

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio The Book Edition o Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
El Joker
El Último Cartucho
Encuentro en el andén
EuroStar
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
Plagio
Por debajo de la mesa
Un pequeño asesinato sin consecuencias

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Después de nosotros el diluvio
El cuco
El yerno ideal
Foto de Familia
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
Strip Poker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Crisis y Castigo
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7 a 10

Bar Manolo
¡Bienvenidos a bordo!
Había una vez un barco chiquitito
La función no está cancelada
Milagro en el Convento de Santa María-
Juana
El pueblo más cutre de España

Comedias de sainetes (sketches)

Aviso de paso
Breves del Tiempo Perdido
Ella y El, Monólogo Interactivo
Escenas Callejeras
Muertos de la Risa

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio
comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Noviembre 2023

ISBN 978-2-38602-074-2

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.